

El diamante azul

Arthur Conan Doyle

Sherlock Holmes es un brillante detective que descubre, a partir de un sombrero extraviado, el rastro de un robo reciente. Junto con su amigo y aliado Watson, las pistas lo conducirán a la resolución del caso. Veamos...

Dos días después de la Navidad, pasé a visitar a mi amigo Sherlock Holmes para saludarlo. Lo encontré tirado en el sofá, con una bata morada. Al lado del sofá había una silla de madera, y de una esquina de su respaldo colgaba un sombrero de fieltro ajado* y mugriento, gastadísimo por el uso y roto por varias partes, listo para ser examinado.

—¿Lo interrumpo? —dije—. Imagino que, a pesar de su aspecto inocente, ese sombrero esconderá algún crimen terrible...

Me senté en su butaca y me calenté las manos en la chimenea.

—En absoluto. Nada de crímenes esta vez, es solo un caso trivial —dijo Sherlock Holmes—. ¿Conoce usted a Peterson, el recadero?* Él encontró este viejo sombrero. El propietario es desconocido. Le ruego que lo mire como un problema intelectual. Veamos, primero, cómo llegó aquí. Llegó la mañana de Navidad, en compañía de un ganso que ahora mismo se está asando en la cocina de Peterson. Los hechos son los siguientes. A eso de las cuatro de la mañana del día de Navidad, Peterson, un tipo muy honrado, se dirigía a su casa bajando por Tottenham Court Road.* A la luz de los faroles vio a un hombre alto, tambaleándose un poco y con un ganso blanco al hombro. Al llegar a la esquina, se produjo una pelea entre este desconocido y un pequeño grupo de delincuentes. Uno le quitó el sombrero de un golpe; el desconocido levantó su bastón para defenderse y, sin quererlo, rompió la vidriera de la tienda que tenía detrás. El hombre, asustado por haber roto la vidriera, dejó caer el ganso y se desvaneció en el laberinto de callejitas que hay detrás de Tottenham Court Road. También los matones huyeron pero dejaron este botín de guerra: el destartado sombrero y un impecable ejemplar de ganso de Navidad. En una tarjetita atada a la pata izquierda del ave decía "Para la señora de Henry Baker". Y en el forro del sombrero también pueden leerse las iniciales "H. B."; pero como en esta ciudad existen miles de Baker y cientos de Henry Baker, no resulta nada fácil devolver esto. La misma mañana de Navidad Peterson me trajo el sombrero y el ganso. En cuanto a este último, el recadero se lo ha llevado

para que cumpla el destino final de todo ganso, y yo sigo en poder del sombrero del desconocido caballero.

—¿Y qué pistas tiene usted del tal Henry Baker?

—Solo lo que podemos deducir de su sombrero. Aquí tiene mi lupa. Ya conoce usted mis métodos. ¿Qué puede deducir sobre la personalidad del hombre que llevaba esta prenda?

Agarré el sombrero y le di un par de vueltas de mala gana. Era un vulgar sombrero negro de copa redonda, duro y muy gastado. El forro había sido de seda roja, pero ahora estaba casi completamente descolorido.

No llevaba el nombre del fabricante, pero tenía garabateadas en un costado las iniciales "H. B.". El ala tenía presillas* para sujetar una gomita, pero esta faltaba. Por lo demás, estaba agrietado, lleno de polvo y cubierto de manchas, aunque parecía que habían intentado disimular las partes descoloridas pintándolas con tinta.

—No veo nada

—dije devolviéndoselo a mi amigo.

—Al contrario, Watson, lo tiene todo a la vista. Pero usted es demasiado tímido a la hora de hacer deducciones.



fieltro ajado. Especie de paño no tejido. En este caso, envejecido o deslucido.

recadero. Mensajero.

Tottenham Court Road. Esta y las demás calles mencionadas en la obra pertenecen a la ciudad de Londres.

presilla. Cordón pequeño con forma de anillo que sirve para prender botones.



Holmes tomó el sombrero de mis manos y lo examinó con aquel aire introspectivo tan característico.

—Por supuesto, salta a la vista que el propietario es un hombre de elevada inteligencia —dijo—, y también que hace menos de tres años era bastante rico, aunque en la actualidad atraviesa malos momentos. Era un hombre previsor, pero ahora no lo es tanto. Esto parece indicar una regresión moral unida a su declive económico. Evidentemente, su mujer ha dejado de amarlo. Sin embargo, aún conserva cierto amor propio. Es un hombre que lleva una vida sedentaria, sale poco, se encuentra en muy mala forma física, de edad madura, y con el pelo gris, que se ha cortado hace pocos días y en el que se aplica fijador. Además, dicho sea de paso, es sumamente improbable que tenga instalación de gas en su casa.

—Se burla usted de mí, Holmes. Tengo que confesar que soy incapaz de seguirlo. Por ejemplo: ¿de dónde saca que el hombre es inteligente?

Holmes se encasquetó el sombrero en la cabeza. Le cubría por completo la frente y quedó apoyado en el puente de la nariz.

—Cuestión de capacidad cúbica —dijo—. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro.

—¿Y su declive económico?

—Este sombrero tiene tres años. Fue por entonces cuando salieron estas alas planas y curvadas por los bordes. Es un sombrero de la mejor calidad. Si este hombre podía permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y desde entonces no ha comprado otro, es indudable que ha venido a menos.

—Claramente. ¿Y eso de que era previsor, y lo de la regresión moral?

—Aquí está la precisión —dijo, señalando con el dedo la presilla para enganchar la goma sujetasombreros—. El que nuestro hombre la hiciera poner es señal de un cierto nivel de previsión contra el viento. Desde entonces se le ha roto la goma y no se ha molestado en cambiarla, resulta evidente que ya no es tan previsor como antes. Por otra parte, ha procurado disimular algunas de las manchas pintándolas con tinta, señal de que no ha perdido por completo su amor propio. Los otros detalles, lo de la edad madura, el cabello gris, el reciente corte de pelo y el fijador, se advierten examinando con atención la parte inferior del forro. Mi lupa revela una gran cantidad de puntas de cabello, limpiamente cortadas por la tijera del peluquero. Todos están pegajosos, y se nota un inconfundible olor a fijador. Este polvo, fíjese usted, demuestra que ha permanecido colgado dentro de casa la mayor parte del tiempo; y las manchas de sudor del interior señalan que el propietario transpira abundantemente y, por lo tanto, difícilmente pueda encontrarse en buena forma física.

—Pero lo de su mujer..., dice usted que ha dejado de amarlo.

—Este sombrero no se ha cepillado en semanas. Cuando lo vea a usted, querido Watson, con polvo de una semana acumulado en el sombrero, y su esposa lo deje salir en semejante estado, también sospecharé que ha tenido la desgracia de perder el cariño de su mujer. Llevaba a casa el ganso como ofrenda de paz. Recuerde la tarjeta atada a la pata del ave.

—Tiene usted respuesta para todo. Pero ¿cómo ha deducido que no hay instalación de gas en su casa?

—Cuando veo nada menos que cinco manchas de sebo,* creo que existen pocas dudas de que este individuo, probablemente, sube las escaleras cada noche con el sombrero en una mano y un candil goteante en la otra. ¿Está usted satisfecho?

—Bueno, es muy ingenioso —dije echándome a reír—. Pero todo esto me parece un despilfarro de energía.

De repente la puerta se abrió de par en par y Peterson, el recadero, entró en la habitación con el rostro enrojecido y una expresión de asombro sin límites.



—¡El ganso, señor Holmes! —decía jadeante—. ¡Vea lo que ha encontrado mi mujer en el buche! —extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul de brillo deslumbrador, bastante más pequeña que una arveja.

Sherlock Holmes se incorporó lanzando un silbido.

—¡Por Júpiter, Peterson! —exclamó—. ¡A eso le llamo yo encontrar un tesoro! Es más que una piedra preciosa. Es la piedra preciosa.

—¿No se referirá al diamante azul de la condesa de Morcar? —exclamé yo.

—Precisamente. Es una piedra absolutamente única. Creo que tengo por aquí un informe —rebuscó entre los periódicos, sacó un recorte y leyó el siguiente párrafo:

“Robo de joyas en el hotel Cosmopolitan. John Horner, de 26 años, fontanero, ha sido detenido bajo la acusación de haber sustraído del joyero de la condesa de Morcar, el 22 del corriente, la valiosa piedra conocida como ‘el diamante azul’. James Ryder, jefe de servicio del hotel, declaró que el día del robo había conducido a Horner al gabinete de la condesa, para que soldara el segundo barrote de la rejilla de la chimenea. Al cabo de algún tiempo tuvo que ausentarse. A su regreso comprobó que Horner había desaparecido, que el escritorio había sido forzado y que el cofrecito donde se hallaba la piedra estaba vacío. Horner fue detenido esa misma noche, si bien se resistió violentamente y declaró su inocencia en los términos más enérgicos. Debido a una condena anterior por robo, el magistrado remitió el caso a un tribunal superior”.

—¡Hum! —dijo Holmes, pensativo—. Ahora, la cuestión es dilucidar la cadena de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado al buche de un ganso. Empezaremos por el método más sencillo, que sin duda consiste en poner un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Deme un lápiz y esa hoja de papel: “Encontrados un ganso y un sombrero negro de fieltro en la esquina de Goodge Street. El señor Henry Baker puede recuperarlos presentándose esta tarde a las 6:30 en el 221B de Baker Street”. Baker, desde luego, mirará los periódicos, porque para un hombre pobre el ganso significa una pérdida importante. Además, al incluir su nombre nos aseguramos de que lo vea, porque todos los que lo conozcan se lo harán notar. Aquí tiene, Peterson, corra a la agencia y que inserten este anuncio en todos los periódicos de la tarde. Yo guardaré el diamante azul. Gracias. Y oiga, Peterson, en el camino de vuelta compre un ganso y tráigalo aquí, porque tenemos que darle a este caballero uno a cambio del que se está comiendo su familia.

Marchado el recadero, Holmes levantó la piedra y la miró al trasluz.

—¡Qué maravilla! —dijo—. Esto es como un imán para el crimen. Esta piedra joven, encontrada a orillas del río Amoy, en el sur de China, presenta todas las características

del diamante, salvo que es de color azul en lugar de rojo rubí. Lo guardaré en mi caja fuerte y le escribiré unas líneas a la condesa para avisarle que lo tenemos.

—¿Cree usted que ese Horner es inocente?

—No lo puedo saber.

—Entonces, ¿cree usted que este otro, Henry Baker, tiene algo que ver con el asunto?

—Me parece mucho más probable que Baker sea un hombre completamente inocente. Lo comprobaremos mediante una sencilla prueba si recibimos respuesta a nuestro anuncio.

—En tal caso, continuaré mi ronda profesional, pero volveré esta tarde a la hora indicada.

—Encantado de verlo. Cenaré a las siete.

Me entretuve con un paciente, y pasadas las seis y media pude volver a Baker Street. Al llegar vi a un hombre alto con boina escocesa y chaqueta abotonada hasta la barbilla. La puerta se abrió y nos hicieron entrar juntos a la casa de Holmes.

—El señor Henry Baker, supongo —dijo Holmes, levantándose de su butaca y saludando al visitante—. Por favor, siéntese aquí junto al fuego. Ah, Watson, llega usted muy a punto. ¿Es este su sombrero, señor Baker?

—Sí, señor, es mi sombrero, sin duda alguna.

Su levita,* negra y raída, estaba abotonada hasta arriba y sus flacas muñecas no daban indicios de puños ni de camisa. Las suposiciones de Holmes parecían acertadas por el aspecto de Baker.

—Hemos guardado estas cosas durante varios días —dijo Holmes—. A propósito del ave..., nos vimos obligados a comérmola; de no hacerlo, no la habría aprovechado nadie. Pero supongo que este otro ganso sobre la alacena servirá igual de bien para sus propósitos.

—¡Oh, desde luego, desde luego! —respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

—Por supuesto, aún tenemos las plumas, las patas, el buche y demás restos de su ganso, así que si usted quiere...

—No veo de qué utilidad me iban a resultar los restos de mi difunto amigo —dijo Baker riendo—. Limitaré mis atenciones a la excelente ave que veo sobre la alacena.

Sherlock Holmes me lanzó una intensa mirada de reojo.

—Pues aquí tiene usted su sombrero, y aquí su ave —dijo—. Por cierto, ¿le importaría decirme dónde adquirió el otro ganso?

sebo. Grasa animal sólida y dura que se utilizaba para hacer jabones, velas, etcétera.

levita. Prenda masculina de etiqueta, más larga y amplia que el frac.





—Desde luego, señor —dijo Baker—. Algunos de nosotros frecuentamos el mesón* Alpha, cerca del museo. Este año, el patrón, Windigate, estableció un Club del Ganso: pagando unas monedas cada semana, recibiríamos un ganso por Navidad. Le estoy muy agradecido, señor.

Con cómica pomposidad, nos dedicó una solemne reverencia y se marchó por su camino.

—Con esto queda liquidado el señor Henry Baker —dijo Holmes—. No sabe nada del asunto. Watson, sigamos esta pista mientras aún esté fresca.

Al cabo de un cuarto de hora nos encontrábamos en Bloomsbury, frente al mesón Alpha, un pequeño establecimiento público. Holmes abrió la puerta del bar y pidió dos vasos de cerveza al dueño.

—Su cerveza debe de ser excelente, si es tan buena como sus gansos —dijo—. Hace tan solo media hora he estado hablando con el señor Henry Baker, que es miembro de su Club del Ganso.

—¡Oh, sí! ¡Lo recuerdo! Pero, señor, los gansos no son míos. Le compré las dos docenas a una granjera de Brixton Road, la señora Oakshott.

—No la conozco. Bueno, ¡a su salud, patrón! Buenas noches. Y ahora, busquemos a la señora Oakshott —me dijo Holmes, abotonándose el gabán—. Watson, me parece que nos vamos acercando al núcleo de nuestra investigación.

Sus comentarios se vieron interrumpidos de pronto por un fuerte griterío procedente del mesón Alpha. Un sujeto pequeño miraba al dueño, que agitaba ferozmente sus puños.

—¡Ya estoy harto de que me pregunten sobre mis gansos! —gritaba Windigate—. ¡Váyanse todos al diablo! ¿Qué le importa? ¿Acaso le compré a usted los gansos?

—No, pero uno de ellos era mío —gimió el hombrecillo—. La señora Oakshott me dijo que se lo pidiera a usted.

—No aguanto más. ¡Largo de aquí!

Dio unos pasos hacia delante con gesto feroz y el preguntón se esfumó entre las tinieblas.

—Venga conmigo y veremos qué podemos sacarle a ese tipo —susurró Holmes.

Avanzando a largas zancadas, mi compañero no tardó en alcanzar al hombrecito y lo tocó con la mano en el hom-

bro. El individuo se volvió bruscamente; en su cara había desaparecido todo rastro de color.

—Perdone usted —dijo Holmes en tono suave—; he oído lo que le preguntaba hace un momento al dueño del mesón Alpha, y creo que podría ayudarlo. Me llamo Sherlock Holmes y mi trabajo consiste en saber lo que otros no saben.

—Pero usted no puede saber nada de esto.

—Perdone, pero lo sé todo. Anda usted buscando unos gansos que la señora Oakshott vendió al señor Windigate, del Alpha, y este a su club, uno de cuyos miembros es el señor Henry Baker.

Sherlock Holmes hizo señas a un coche que pasaba.

—Antes de continuar, dígame a quién tengo el placer de ayudar —dijo Holmes.

El hombre vaciló un instante.

—Me llamo James Ryder.

—Eso es. Jefe de servicio del hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al coche y conversemos en mi residencia.

El hombrecito asustado subió por fin al coche, y al cabo de media hora nos encontrábamos de vuelta en la sala de estar de Baker Street.

—¡Henos aquí! —dijo Holmes alegremente—. Por favor, siéntese en el sillón de mimbre, señor Ryder. ¿Así que quiere usted saber lo que fue de aquellos gansos? O más bien deberíamos decir de aquel ganso. Me parece que lo que le interesaba era un ave concreta..., blanca, con una franja negra en la cola.

—¡Oh, señor! —exclamó Ryder con emoción—. ¿Puede usted decirme adónde fue a parar?

—Aquí, y resultó ser un ave de lo más notable. Después de muerta..., puso el huevo azul más pequeño, precioso y brillante que jamás se ha visto. Lo tengo aquí en mi museo.

Nuestro visitante se puso de pie, tambaleándose, y se agarró con la mano derecha a la repisa de la chimenea. Holmes abrió su caja fuerte y mostró el diamante azul.

—Se acabó el juego, Ryder —dijo Holmes muy tranquilo.

Ryder permaneció sentado, mirando con ojos asustados a su acusador.

—Tengo ya en mis manos casi todos los eslabones y las pruebas que podría necesitar. No obstante, hay que aclarar un poco para que el caso quede completo. ¿Había oído hablar de esta piedra de la condesa de Morcar, Ryder?

—Fue Catherine Cusack quien me habló de ella —dijo el hombre con voz cascada.

—Ya veo. La doncella de la señora. Usted sabía que ese pobre fontanero, Horner, había estado complicado hace tiempo en un robo semejante, y que eso lo convertiría en el blanco de todas las sospechas. Entonces, usted y su cómplice Cusack hicieron un pequeño desastre en el cuarto de la señora y se las arreglaron para que llamasen a Horner. Y luego, después de que Horner se marchara, desvalijaron el joyero, dieron la alarma e hicieron detener a ese pobre hombre.

—¡Por amor de Dios, tenga compasión! —chillaba Ryder de rodillas ante Holmes—. Jamás hice nada malo antes, y no lo volveré a hacer. ¡Lo juro! ¡No me lleve a los tribunales!

—¡Vuelva a sentarse en la silla! —dijo Holmes rudamente—. Y ahora díganos la verdad, porque en ello reside su única esperanza de salvación: ¿cómo llegó la piedra al buche del ganso y el ganso al mercado público?

Ryder se pasó la lengua por los labios resecaos y dijo:

—Una vez detenido Horner, me pareció que lo mejor sería esconder la piedra cuanto antes, para evitar el registro policial. Me fui a casa de mi hermana, que está casada con un tipo llamado Oakshott, en Brixton Road, donde se dedica a engordar gansos para el mercado. La saludé y me fui al patio trasero donde fumé una pipa para calmarme. Y mirando a los gansos se me ocurrió una idea. Unas semanas antes, mi hermana me había dicho que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad. Agarraría mi ganso y en su interior llevaría la piedra hasta Kilburn. Elegí uno de los gansos, un magnífico ejemplar, blanco y con una franja en la cola. Le abrí el pico y le metí la piedra por el gaznate. El pájaro tragó, y sentí la piedra pasar por la garganta y llegar al buche. Pero el bicho se me escapó y regresó dando un pequeño vuelo entre sus compañeros.

—¿Qué estás haciendo con ese ganso, Jem? —preguntó mi hermana asomándose desde la cocina—. Ya hemos apartado uno para ti. Es aquel grande y blanco. En total hay veintiséis; o sea, uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para vender.

—Gracias, Maggie —dije yo—. Pero, si te da lo mismo, prefiero aquel blanco con una raya en la cola, que está justo en medio.

—Bueno, como quieras —dijo ella, un poco mosqueada—. Mátaalo y te lo llevas.

—Así lo hice y me llevé el ave. Viajé hasta Kilburn. Al llegar, agarré un cuchillo y abrí el ganso. Se me encogió el corazón: no había ni rastro de la piedra. Dejé el ganso, corrí a casa de mi hermana y fui derecho al patio. No había ni un ganso a la vista.

—Se los llevaron a Windigate, el dueño del mesón Alpha —explicó Maggie.

—¿Había otro con una raya en la cola, igual que el que yo me llevé? —pregunté.

—Sí, Jem, había dos con raya en la cola. Jamás pude distinguirlos.

—Corrí a toda la velocidad de mis piernas en busca de ese Windigate, pero este se negó a decirme a quién le vendió mi ganso. Y ahora... soy un ladrón y sin haber llegado a tocar la riqueza por la que vendí mi buena fama. ¡Que Dios se apiade de mí!

Estalló en sollozos convulsivos, con la cara oculta entre las manos. Se produjo un largo silencio. Por fin, Holmes se levantó y abrió la puerta de par en par.

—¡Váyase! —dijo.

—¿Cómo, señor? ¡Oh! ¡Dios lo bendiga!

Y no hicieron falta más palabras. Hubo una carrera precipitada, un pataleo en la escalera, un portazo y el seco repicar de pies que corrían en la calle.

—Al fin y al cabo, Watson —dijo Holmes—, la policía no me paga para que cubra sus deficiencias. Si Horner corriera peligro, sería diferente, pero este individuo no declarará contra él, y el proceso no seguirá adelante. Supongo que estoy indultando a un delincuente, pero también es posible que esté salvando un alma. Estamos en época de perdonar. Si tiene usted la amabilidad de tirar de la campanilla, doctor, iniciaremos otra investigación.

Disponible en la biblioteca virtual Ciudad Seva,
adaptado por Matías H. Raia.

mesón. Posada, establecimiento donde se sirven comidas y bebidas.



El autor

Arthur Conan Doyle

Nació en Escocia en 1859. Fue escritor y médico: intentó ejercer como oftalmólogo, pero la ausencia de pacientes le permitió, más bien, escribir las obras que lo harían famoso. El mayor logro en su carrera literaria es la invención del detective Sherlock Holmes.

Sus relatos fueron publicados mayormente en la prensa inglesa y tenía miles de lectores fanáticos que no se perdían ninguno de los casos de Holmes. Además de cuentos y novelas policiales, escribió narraciones de ciencia ficción y novelas históricas.

